

Ana García Bergua

Leer en los aviones  
Relatos



Ediciones Era

## La desconfianza



No te lo tomes tan a pecho, me dijo Gabriel cuando bajamos a hacer pipí en una gasolinera a la salida de Xalapa, es un favor nada más. Veníamos apelonados en el coche de regreso de vacaciones por culpa de Luis. El hermano de Gabriel nos había rogado que por favor lleváramos a México a su amigo. No cabe, le dije a Gabriel, de por sí ya traemos al compañerito de Jonás. Parece que tiene un problema, me insistió Gabriel, no hay que ser gachos. Pero es que no podemos, no me gusta manejar con el coche tan pesado. Eso lo puso furioso: claro que podemos, no seas mezquina. Nada más por no parecer poco generosa acepté y fuimos a la dirección que le habían señalado. Para colmo había que ir a buscar al cuate a su departamento.

Dimos un montón de vueltas en esas calles laberínticas hasta que encontramos el lugar; era una de esas casas jalapeñas de balcones corridos de madera. Estaba lloviznando y hacía frío; me alegré de que fuéramos de regreso a la Ciudad de México. Nos detuvimos enfrente. Jonás y su amiguito jugaban con unos dinosaurios de plástico y comenzaron a rugir y atacarse. Gabriel les dijo que se apaciguaran, que se iban a lastimar y en ésas alguien abrió la puerta trasera. Era el cuate de Luis, no lo vimos acercarse. Buenos días, dijo, y se metió al coche así nada más. Me llamo José, gracias por llevarme. Iba muy serio, de traje negro. Le pregunté si no traía maleta y señaló una mochili-

la minúscula que se puso encima de las rodillas. Es todo lo que llevo, gracias. Los niños se arrebujaron hacia el otro extremo del asiento y cerraron el pico, intimidados. Flaco, anguloso, de ojos pequeños, no se veía muy amable de todas maneras. Bueno, pues vámonos, dije, y arranqué.

Decidí concentrarme en el manejo y que Gabriel se encargara de las relaciones públicas; a fin de cuentas, el tal José era amigo de su hermano. Justamente Gabriel empezó a preguntarle de dónde conocía a Luis y nos presentó a todos, aunque se equivocó con el nombre del compañerito de Jonás y le dijo Kevin. Llevábamos llamándolo así todo el fin de semana. Jonás nos regañó, es Calvin. Calvin, Calvin, repitió a gritos el aludido. José guardó silencio y se quedó viendo la carretera, como si la pequeña pelea familiar lo eximiera de conversar. Ni un gesto hacia los niños, ni una sonrisa.

Es muy incómodo viajar así, le dije a Gabriel cuando bajamos un momento en la gasolinera. Nos vamos a echar cuatro horas con un tipo al que quién sabe qué le pasa y tranquilizando a los dos niños; esto está muy pesado. ¿No te explicó Luis qué onda? Gabriel me miró con reproche. ¿Qué importa qué le pasa, qué tal que va a un entierro? De veras que eres difícil, si quieres yo manejo. No, no, yo manejo y tú platicas o lo que sea con ese señor. En realidad lo que me enojaba era que no podría hablar con Gabriel; tenía planeado aprovechar que Jonás estaría distraído con Calvin para sondearlo sobre lo que me había dicho Olga mi concuña. Ahora tendría que esperar todo el viaje y el tema me corroía las entrañas. Para colmo, había tráfico. Parecía que todo Xalapa había decidido salir a la misma hora que nosotros. ¿Entonces trabajas con Luis?, resonó la clásica voz temblona de Gabriel cuando

trataba de ser amable. No, respondió el otro. Y no añadió nada más.

Una fila de autos que iban por la cuneta sin poder rebasar se sumó a la del carril central; avanzábamos muy despacio. Jonás y Calvin sostenían una plática absurda sobre la mejor manera de distraer a un tigre para que no te atacara y así poder cruzar la selva; por ejemplo, hablarle muy fuerte o entretenerlo con música tropical. Gabriel me había puesto una mano en la rodilla. El desconocido –en realidad eso era– miraba hacia afuera con gesto de preocupación. Si algo me molesta es el trabajo cansino de interrogar a alguien que no quiere hablar, pero no pude aguantarme y le pregunté a qué parte de la ciudad iba. A Satélite, respondió. Nosotros a Coyoacán, le dije, te dejamos en un sitio de taxis. Gabriel me miró muy feo: estaba siendo verdaderamente ruda. Traté de arreglarlo preguntándole si vivía en Satélite. Dijo que no. Pero sí vives en México, ¿no?, se abalanzó Gabriel sonriendo. Hasta los niños se quedaron callados y escuché la voz de Jonás diciendo: ¿dónde vives? De repente parecía una especie de adivinanza. No molesten al señor, me oí regañarlos.

Quería concentrarme en el manejo, pero ahora estábamos detenidos en el paisaje desértico que aparece al final de la carretera, cuando uno va llegando a Xalapa desde México. Aquí era apenas el principio, faltaba mucho. Me preguntaba cómo se vería José, con su traje negro y su mutismo, parado en medio de cactáceas y suculentas, olvidado del mundo. Si lo abandonara ahí, a lo mejor no diría nada, si acaso respondería con un monosílabo: ¿quieres quedarte en el desierto? Sí.

Me sentí culpable de ser tan cruel. Gabriel sufría su típico ataque de inseguridad y le contaba, sin que el otro

le hubiera preguntado nada, sobre todos los años que llevaba su hermano Luis en Xalapa, la vida difícil que tuvo al principio y cómo ahora estaba feliz en su trabajo de ingeniero agrónomo y con los hijos crecidos. Cuando se sentía intimidado, Gabriel hablaba y hablaba, era capaz de contarle sus secretos a un desconocido o eso había creído yo siempre. El otro asentía apenas, pero no soltaba prenda, ni siquiera contaba de qué conocía él a Luis. A mí me daba mucha pena mi marido, siempre queriendo quedar bien, aliviar la tensión, sacar una risa de las piedras. Era entre tierno y patético, la verdad. A veces me preguntaba cómo habría sido si me hubiera casado con alguien de mi edad.

No podía dejar de pensar en lo que me dijo Olga. Hablábamos de la vieja casa de mis suegros y de repente mencionó como de paso que Gabriel era adoptado. Me quedé muda. ¿No te dijo tu marido que era adoptado?, repitió. Mentí: claro, pero es tan parecido a Luis que se me olvida. Es verdad, contestó ella, son igualitos.

La fila de autos arrancó y Gabriel cerró la boca, derrotado por el hombre silencioso. Sacó una botella de agua y le ofreció a todo el mundo. Los niños se pusieron a jugar con la tableta; yo me ocupé de rebasar con sensatez mientras pensaba en aquello. Lo común es que uno moleste a los menores diciéndoles que son adoptados; mis hermanos y yo lo hacíamos con mi hermanita. Lo que no entendía era por qué Gabriel nunca me lo había contado. No es que tuviera nada de malo, pero tampoco era cualquier cosa. Me pregunté qué otras cosas no me habría dicho, cuál podría ser la razón. Gabriel me preguntó por qué estaba tan callada, si me pasaba algo. Estoy pensando, le respondí; llegando a México necesito ir a encargar unos

materiales para Malinalco 83. Estaba remodelando la casa de un cliente. ¿En domingo?, insistió, no te creo. Después te explico, le dije. Jonás preguntó qué le iba a explicar a su papá. Cómo dormir a los tigres para cruzar la selva, le contestó Gabriel, una selva llena de tigres. Calvin se interesó: ¿cómo? Gabriel se dio cuenta de que se había metido en un lío y se puso a inventar un método para dormir tigres. Yo espí a José por el retrovisor: serio, serio, miraba por la ventanilla. Estaba un poco pálido.

¿Se siente bien? Aquí traemos agua y chicles para el mareo. No sé por qué le hablé de usted, me salió del alma. De repente me dio lástima; tan encerrado en sí mismo, seguro iba a un entierro, como decía Gabriel, o a un hospital. Quizá lo podríamos ayudar de alguna manera, pero si no hablaba no había modo de saber. De repente dijo: sí, agua por favor. Gabriel interrumpió el conjuro que estaba inventando y hasta los niños se lo quedaron viendo. Pásale una botella de agua al señor, Jonás, y estense quietos. Avanzamos en silencio por aquella carretera recta, las máquinas para riego que se posaban en el campo me parecieron aves enormes, un poco amenazadoras.

Olga se dio cuenta de mi sorpresa y trató de aligerar el asunto. Cuando te conoció fue el amor instantáneo, me acuerdo. A lo mejor él ya ni piensa en eso, pero lo adoptaron más o menos grandecito, como de cinco años. Cinco años que mi marido no me había contado. A lo mejor no recordaba o quizá fue una primera infancia muy dura, infeliz; igual pudo haberla mencionado en medio de las mil historias que me relató con su compulsión habitual cuando empezamos: los juegos con Luis, la seriedad de su padre, la adolescencia en la que se protegía de la timidez haciendo dibujo tras dibujo. Les regalaba dibujos a

sus compañeros y así se los ganaba; así me ligó también, con cartas y dibujos. Una vez, incluso, me mostró una foto suya de bebé, ésas de recién nacidos que toman en los hospitales, y le dije que era muy cachetón; no comentó nada en particular, nos reímos y la volvió a guardar. Jamás habló de ser adoptado; era algo que yo recordaría, quizá incluso lo tendría en cuenta para nuestra relación. Gabriel hablaba mucho, pero se reservaba un fondo que nunca me iba a mostrar. Me pregunté qué parte de su infancia le contaría Jonás a su esposa, cuando fuera grande, qué cosas de nosotros disimularía frente a los demás.

José se bebió completa la botella de a litro que le pasaron. Ahora estudiaba uno de los dinosaurios que Calvin había abandonado en el asiento. Lo tomó y lo estuvo mirando con un interés melancólico, como si le maravillara. Gabriel tenía que decir algo: están padrísimos, ¿verdad?, se los traje a Jonás de una exposición de juguetes en Nueva York. Yo soy diseñador gráfico, Hilda es arquitecta, remodela casas. José sólo asintió. Me pareció que era demasiado el empeño de mi marido de conectar con ese hombre y decidí intervenir. ¿Tú a qué te dedicas?, le grité. José levantó la cabeza sorprendido. Esta vez lo teníamos acorralado, ni modo que nos dijera qué les importa. Hizo una pausa larga sin que Gabriel y los niños le quitaran los ojos de encima, yo lo espiaba por el retrovisor. Luego dijo: tengo un salón de fiestas. Los niños abrieron muy grandes los ojos y se le quedaron viendo con admiración. Calvin exclamó: ¡guau! Los adultos nos quedamos callados. Llegamos a una caseta y le pedí a Gabriel que sacara el dinero. De repente entendía muchas cosas: cierto desapego de su parte disfrazado de sumisión, tanta dulzura que ocultaba una lejanía. ¿Pero y qué?, me decía, es

adoptado y por lo mismo buscó una pareja mayor, que se encarga de las cosas y lo consiente. Aunque eso de ser a veces como su mamá no me hacía sentir orgullosa, al contrario. A veces, la verdad, era poca la retribución. En realidad, no sabía muy bien quién era Gabriel y quizá él tampoco sabía quién era yo, más allá de la función que los dos cumplíamos frente a Jonás.

Cuando arrancamos, Gabriel le preguntó a José qué clase de fiestas organizaba en su salón. Como el otro no abría la boca, él mismo se contestó: ¿bodas, fiestas infantiles, esas cosas? José suspiró. Bodas evangélicas, respondió al fin. Todos nos quedamos callados, esperando que lo explicara, pero nunca lo hizo. Después Gabriel pasó a contarnos a todos un documental que había visto, muy interesante, en el que una manada de elefantes es rescatada de una barranca. Los van subiendo uno por uno, utilizan grúas y unas redes enormes, decía. Calvin era el más interesado. ¿Y no se asustan los elefantes? Mucho, y un elefante asustado es peligrosísimo. ¿De verdad?, preguntó Jonás. Se echan a correr y atropellan todo a su paso, la tierra tiembla. Gabriel empezó a pegar de brincos entre las carcajadas de los niños y el coche entero se sacudió, perdí el control del volante por un momento. Los niños rieron felices, yo me pegué un susto. Podemos chocar, le grité furiosa, ¡estás loco!, ¿qué te pasa?, ¿por qué no te das cuenta de lo que haces? No podía contenerme y me seguí de largo con José. ¿Y usted por qué no dice nada?, ¿no merecemos que nos cuente lo que le pasa?, ¿quiénes se cree que somos?

Me había excedido. La cara de José estaba verde, me preocupó. Respiré y le pregunté si se sentía bien. Se ve muy mareado, dijo Gabriel, haciéndome un gesto como

de que ya ni la amolaba. Aproveché que venían pocos autos para detenerme en la cuneta, ya casi llegábamos a la carretera de Puebla. Discúlpeme por favor, le rogué a José, no quise decir eso, me puse nerviosa. Gabriel me ofreció manejar, le contesté que estaba bien, que mejor se fuera él atrás con los niños y por favor no saltaran. Si quiere pásese aquí adelante para que el aire le llegue mejor. Cuando Gabriel ocupó el asiento de atrás, le hizo una cosquilla a nuestro hijo. Los niños parecieron respirar, expandirse. José también me sonrió brevemente al instalarse a mi lado. Pude ver con claridad lo preocupado que estaba: tenía que llegar a arreglar su asunto, pasara lo que pasara. El asunto, a fin de cuentas, no era de mi incumbencia. No se apure, le dije, a esta hora aún no hay tanto tráfico, llegará a tiempo para lo que necesite. Mire a lo lejos para que el mareo se le pase. Me agradeció con un gesto.

Más adelante, cuando paramos unos minutos a tomar un refresco frente a los volcanes, Gabriel se bajó a corretear con Jonás y Calvin, y José y yo compramos sándwiches para todos. Ya no quise que Gabriel se volviera a subir a mi lado cuando retomamos el camino. Prefería terminar el viaje junto al silencio de José, que con todo me parecía más claro.